

las tribunas están los coros de la Opera y dos orquestas. Tantos uniformes, las damas con lujosos trajes de gala, los ricos centros de mesa con figuras de plata, las canastillas de flores, las arañas, los candelabros, presentan un golpe de vista encantador.

La voz fuerte y bien timbrada del emperador resuena en las bóvedas del salón. No se pierde una palabra de su arenga: «Señores, dice, la alegría que siento al verme entre la mayoría de los jefes del ejército de Italia, sería completa si no se mezclara con ella el sentimiento de ver que se han de separar en breve los elementos de una fuerza tan bien organizada y tan temible. Como soberano y como general en jefe os vuelvo á dar las gracias por vuestra confianza. Era muy lisonjero para mí, que aún no había mandado ejércitos, encontrar tal obediencia por parte de los que tenían gran experiencia de la guerra. Si el triunfo ha coronado nuestros esfuerzos, tengo una satisfacción en atribuirlo en gran parte á los generales hábiles y adictos que han hecho fácil mi mando, porque, animados del fuego sagrado, han dado constante ejemplo del deber y del desprecio de la muerte.»

A estas palabras sencillas y modestas, Napoleón III añade: «Una parte de nuestros soldados va á volver á sus hogares; vosotros mismos vais á dedicaros de nuevo á las ocupaciones de la paz. Sin embargo, no olvidemos lo que hemos hecho juntos. Que el recuerdo de los obstáculos vencidos, de los peligros evitados, de las imperfecciones señaladas, acuda con frecuencia á vuestra memoria; porque para todo hombre de guerra el recuerdo es la ciencia misma.

»En conmemoración de la campaña de Italia haré distribuir una medalla á todos cuantos han tomado parte en ella, y quiero que hoy seáis los primeros en llevarla. Deseo que de vez en cuando haga que os acordéis de mí, y que al leer los nombres gloriosos inscritos en ella, cada cual diga: — Si Francia ha hecho tanto por un pueblo amigo, ¿qué no hará por su independencia?»

LXV

EL SANTO DEL EMPERADOR

El domingo 14 de agosto habíase celebrado la fiesta del ejército; el lunes 15 se celebró la del emperador. Desde el principio del reinado jamás se había solemnizado el 15 de agosto con tanta magnificencia. Jamás se había visto en la gran capital semejante afluencia de provincianos y extranjeros, ni la ciudad había parecido tan bella y tan majestuosa.

Hay que reconocer que Napoleón III era un director de escena admirable. Aunque de costumbres y gustos sencillos, en las grandes ocasiones tenía el arte de organizar soberbios espectáculos, pomposas solemnidades que sorprendían las imaginaciones. Sabía que la nación francesa ama lo que brilla.

Por espacio de dos días y dos noches holgó la población. El domingo y el lunes compitieron en esplendor. Ricos y pobres olvidaban sus cuidados habituales para no pensar más que en la gloria nacional y en el júbilo de la victoria. París no ha vuelto á ver nada igual á aquellos días triunfales.

Los soldados, mezclados con la multitud, se paseaban por la ciudad y se les pedía que contaran episodios de la guerra de Italia. No se cesaba de admirar las figuras marciales y los uniformes variados y pintorescos de los regimientos. El pueblo y el ejército fraternizaban.

En la capilla de las Tullerías se cantó un *Te Deum*, y otro en Nuestra Señora.

En todos los teatros se dieron funciones gratuitas, y entre los puentes del Alma y de Jena hubo regatas. A las cinco de la tarde se remontó un enorme globo desde el centro de la Explanada arrojando infinidad de banderitas multicolores, así como lastre de arena azul, blanca y encarnada.

Por la noche hubo en todas partes magníficas iluminaciones y á la entrada del Campo de Marte se disparó un gigantesco castillo de fuegos artificiales.

Milán y Turín celebran, como París, el santo del emperador.

Los italianos necesitaban aún al vencedor de Solferino. Los unitarios estaban resueltos á valerse de él, de bueno ó mal grado, para la realización de su programa, y no vacilaban en reconocer que únicamente Francia podría preservarles de la eventualidad de un desquite ofensivo por parte de Austria. Lombardos y piemonteses se mostraron el 15 de agosto tan celosos como si hubieran sido súbditos de Napoleón III. En la catedral de Milán se cantó un *Te*

Deum en presencia de Víctor Manuel y del mariscal Vaillant. El rey ofreció en seguida un almuerzo al mariscal y á cien oficiales superiores del ejército francés. Víctor Manuel brindó por Napoleón III, el príncipe de Carignán por la emperatriz y el príncipe imperial, y el general La Marmora, ministro de la Guerra, por el ejército francés. El mariscal Vaillant brindó por el Rey de Italia.

Por la noche hubo función de gala en el teatro de la Scala, habiendo sido aclamado el nombre de Napoleón III.

El mismo día se pasó en Turín una revista en la plaza del Castillo y en la calle del Po. A las nueve de la mañana se celebró en la iglesia de San Felipe un *Te Deum* al que asistieron todas las corporaciones del Estado. En el pórtico de la iglesia se había puesto esta inscripción: «Los turineses, agradecidos á Napoleón III que condujo á grandes batallas á las invencibles legiones de Francia para dar una vida nacional á Italia, dan gracias á Dios y le invocan para que sea propicio á sus destinos futuros.»

En la plaza del Castillo se habían expuesto los ocho cañones cogidos á los austriacos por el ejército italiano en Palestro y Solferino.

Como en París y Milán, hubo también en Turín iluminaciones por la noche.

Napoleón III aparecía entonces como el monarca invencible, el soberano afortunado por excelencia, el hombre á quien todo salía bien, y todos confiaban en su buena estrella tanto como él mismo. Sus adversarios políticos, que en breve reanudarían la lucha, parecían desalentados.

Napoleón, llegado al apogeo de su fortuna, quiso borrar las últimas huellas de las guerras civiles. Pensó en los desdichados ciudadanos víctimas de las insurrecciones de 1848, de 1849 y del golpe de Estado de 1851: aún había mil ochocientos expuestos á medidas de rigor, hallándose sujetos á la vigilancia de la policía, desterrados, ó internados en las penitenciarías de Argelia y de la Guayana. El emperador resolvió devolver á la patria y á la libertad aun á aquellos que no habían querido solicitar su perdón y que estaban irrevocablemente resueltos á no ceder en sus pasiones y rencores. El 16 de agosto firmó un decreto concebido en estos términos: «Se concede plena y completa amnistía á todos los individuos que han sido condenados por crímenes y delitos políticos ú objeto de medidas de seguridad general.» A juzgar solamente por la superficie de las cosas, habríase creído que todos los partidos de Francia estaban reconciliados. Por desgracia, en tanto que los republicanos desterrados regresaban de Bélgica, Suiza é Inglaterra, no se habían abierto las puertas de la patria á los príncipes y princesas pertenecientes á las dos ramas de la familia de los Borbones. Aún había proscritos.

LXVI

TOSCANA

La guerra quedaba terminada gloriosamente, pero acabábase de abrir la era de las dificultades políticas y en la situación de Italia todo era aún confusión y obscuridad. ¿Los pactos de Villafranca se llevarían á ejecución ó serían letra muerta? ¿Habría una Confederación italiana? ¿Serían restablecidos en sus tronos los soberanos de la Italia central? ¿Conservaría el Papa la integridad de sus Estados? ¿Los partidarios de la unidad italiana se verían obligados á renunciar á sus proyectos ó podrían continuar con éxito su propaganda? ¿Se llegaría á reunir un Congreso, é incumbiría á la diplomacia europea pronunciar la última palabra? Tales eran las cuestiones que se planteaban, y que iban á causar á Napoleón III las preocupaciones más graves.

Se acusaba al emperador de doblez con motivo de los asuntos italianos, y sin embargo quizás fué sincero en el deseo que expresaba de cumplir las promesas hechas por él á Francisco José. Pero quedaba entendido que no se violentaría á las poblaciones y que se respetaría el derecho que les asistía de disponer de su suerte. El dogma de la soberanía nacional era la base de las doctrinas de Napoleón III y estaba irrevocablemente resuelto á no permitir que nadie lo atacara. Hecha esta reserva, no debía oponer ningún obstáculo al restablecimiento de los príncipes desposeídos. No entraba en sus miras la unidad italiana y deseaba particularmente el mantenimiento de la autonomía toscana.

Víctor Manuel, fingiendo querer ejecutar escrupulosamente los pactos de Villafranca, llamó de Florencia, de Parma, de Módena y de Bolonia á los cuatro comisarios piemonteses Buoncompagni, Pallieri, Farini y d'Azeglio. En Florencia se asustaron al pronto los partidarios del Piamonte, por parecerles inminente una restauración gran ducal. Hubo alguna agitación en el Palazzo Vecchio y bajo los pórticos. Habiendo enviado el general La Marmora desde el campamento piemontés una carta al barón Ricasoli excitándole á tener calma y resignación, éste dijo al portador de la misiva: «Decid á La Marmora que he hecho pedazos su carta.» Pero en breve cobraron ánimo los partidarios de Víctor Manuel. Habiendo circulado el rumor de que Napoleón III había dicho: «El tratado consagra la restauración de los príncipes, pero no podrá ejecutarse por la fuerza,» todos los amigos del Piamonte se tranquilizaron. Los partidarios de la dinastía de Lorena habían decidido al gran duque Leopoldo á abdicar el 21 de

julio en favor de su hijo el príncipe Fernando, que había sido huésped de Napoleón III en Compiègne y esperaban que el joven príncipe subiera al trono.

En el ministerio de Negocios extranjeros de París se apoyaba calurosamente esta combinación. El conde Walewski, casado con una florentina y antiguo ministro de Francia en Florencia, se interesaba vivamente por la dinastía de Lorena y por la autonomía toscana. El 23 de julio dirigió el siguiente despacho telegráfico al marqués de Ferrière-le-Vayer, ministro de Francia en Florencia: «El gran duque acaba de abdicar en favor de su hijo. Esperamos que éste dará una Constitución y que tal vez adopte la bandera italiana. El emperador opina que los toscanos, por su propio interés, debieran apresurarse á tomar la iniciativa llamando al príncipe heredero. La anexión al Piamonte es cosa imposible; tengo motivos para creer que el mismo gobierno sardo no tardará en hacerlo comprender á Florencia. Obrad, pues, lisa y llanamente con arreglo á las intenciones del emperador.»

El marqués de Ferrière-le-Vayer habría deseado, lo mismo que el conde Walewski, la conservación de la dinastía de Lorena; pero no se hacía ilusiones. El 24 de julio contestó por telégrafo: «He sondeado el terreno, y es imposible obtener de Toscana que llame al joven gran duque. El espíritu revolucionario está demasiado excitado y el sentimiento nacional sobrado herido. No sería posible una restauración sino con la presencia de tropas francesas, pero ¡qué complicación! El gran duque heredero tendría alguna probabilidad si el príncipe Napoleón no hubiera residido en Florencia, si Toscana no hubiese estado abandonada hace dos meses á las intimidaciones de los clubs y á la presión de un gobierno anexionista, y si los príncipes no hubieran servido en las filas enemigas; no se quiere al padre ni al hijo: se admitirá todo antes que la dinastía.»

La autonomía toscana, ya que no la dinastía, tenía aún muchos partidarios, pero los tenía intimidados un florentino, más piamontés que los mismos piamonteses, el barón Ricasoli. Llevando un nombre ilustre y poseedor de una fortuna considerable, este gran señor demócrata, partidario fanático de la unidad italiana, estaba dispuesto á sacrificarlo todo por el triunfo de sus ideas, y á solicitar para su realización el auxilio de los revolucionarios más atrevidos y exaltados. Con su semblante rígido, sus facciones angulosas, su elocuencia áspera y ardiente, tenía el aspecto y el temperamento de un sectario. Era uno de esos hombres infatigables é inflexibles á los que nada asusta ni nada desanima y que, á pesar de todos los obstáculos, persigue su objeto con energía y tenacidad indomables. Después de la partida de Buoncompagni se proclamó por su propia autoridad presidente del Consejo de ministros, é hizo funcionar un gobierno cuyo único programa era la anexión de Toscana al Piamonte. El marqués de Ferrière-le-Vayer sabía muy bien que semejante hombre no cedería más que á la fuerza.

El joven gran duque se había apresurado á dirigir á los toscanos una alocu-

ción en la que declaraba que adoptaría los colores italianos, otorgaría una Constitución y reconocería los derechos de la nación. El barón Ricasoli contestó llamando al pueblo á las armas contra el vencido de Solferino, que así llamaba al príncipe.

El marqués de Ferrière-le-Vayer escribía al conde Walewski el 26 de julio: «Para daros una idea de la opinión pública, os diré que el marqués Ginori me ha leído dos cartas, una del príncipe Strozzi y otra del conde Ugolino della



El barón Ricasoli

Gherardesca, y en las cuales ambos manifiestan que, aunque siempre han profesado sentimientos monárquicos, no se debe ya procurar la vuelta de la dinastía de Lorena.» Así, pues, esta dinastía no podía contar ya con las grandes familias que habían sido largo tiempo su sostén. El ministro de Francia añadía: «Si los medios empleados han sido punibles, el resultado ha sido, en cambio, el que se buscaba de enardecer al partido revolucionario y aumentar el de la anexión, que la conducta de los archiduques, su presencia en el ejército austriaco y la noticia no desmentida de su participación en la batalla de Solferino han acrecentado todavía con cuantos, por un sentimiento bastante natural, no quieren ya que vuelvan á Florencia unos príncipes que han peleado en el campo de los enemigos de Italia. Si hubiera habido siquiera un batallón francés en Florencia, como yo lo indiqué, nada de esto habría sucedido. Siempre se habría teni-

do que contar con los unitarios y con la impresión producida por la enojosa actitud de los príncipes, pero no hubiera ocurrido esa desbandada general de los vacilantes y los tímidos, producida por ese estado moral propio de una sociedad, que tal vez es la más impresionable y la más pacífica del mundo, abandonada sin defensa á un partido que tiene á la revolución por auxiliar.»

¡La revolución! Cada día hacía progresos por nada estorbados. En un nuevo despacho fechado el 10 de agosto el marqués de Ferrière-le-Vayer se expresaba así: «Los partidarios de la dinastía hacen muy poco por ella desde su caída, después de haberla servido muy mal antes. Sólo hablan de sus temores cuando podrían hablarme de sus proyectos, y no me visitan sino para pedirme sus pasaportes, que les niego implacablemente. Cuando me dicen que se les amenaza con matarlos ó encarcelarlos, les contesto que un partido que se calla ante las amenazas, no merece que se ocupen de él, y que si muchos de ellos se hicieran matar en defensa de sus príncipes, en lugar de renegar de ellos y de ocultarse, esto haría más interesante su causa, pero que prefieren cruzarse de brazos y contar con Austria ó Francia y lamentarse en secreto en sus quintas ó en las cartas que me escriben, dejándose intimidar por escritos ó por palabras más de lo que podrían intimidarles las bayonetas de los soldados ó el hacha del verdugo. ¡Singular país en el que se derriba un trono con cintas y música, y donde se impone el terror, no ya con la guillotina, sino con un artículo de periódico ó con las palabras *Morte ai codini*, escritas con carbón en las paredes! ¡Singular país, pero sobrado dulce y blando para resistir sin un apoyo extranjero al contacto de la Cerdeña! Y sin embargo, creo que desde el punto de vista francés, del italiano y del católico, la razón de Estado nos ordena, sobre todo si no tenemos á Saboya, que no se deje al Piamonte apoderarse de Toscana y llegar á las fronteras pontificias y napolitanas, alentado á atreverse á todo con tal de hacer triunfar su política.»

El conde Walewski creía que los medios de persuasión, los consejos amistosos, las misiones oficiosas podían tener alguna influencia; pero se engañaba. A los pocos días envió á Florencia dos emisarios, el conde de Reiset y el príncipe José Poniatowski, que tenían por misión, como decía el ministro, contribuir con sus gestiones á que la opinión pública en Toscana hiciera apreciaciones más en armonía con las miras del gobierno del emperador.

Los dos mensajeros, á fuer de hombres de mundo, fueron recibidos en Florencia con extremada cortesía. Pero como su misión era puramente oficiosa, se fingió no darle gran importancia desde el punto de vista diplomático. Se les invitó, con una galantería en la cual había cierto tinte de ironía, á recorrer el país, á interrogar á los habitantes, á sondear la opinión pública, lo que les permitió apreciar las simpatías que en él habían dejado los príncipes de la casa de Lorena.

He conocido al príncipe Poniatowski. Era uno de los hombres más amables y más seductores que he visto. Cumplido caballero, alternativamente militar,

diplomático, cantor y compositor de música, siempre y dondequiera había obtenido triunfos. Era sobrino del célebre príncipe Poniatowski, el héroe de la epopeya imperial, el *Bayardo polaco*, el que fué nombrado mariscal de Francia en el campo de batalla de Leipzig y que murió á los tres días ahogado en las aguas del Elster.

El príncipe José Poniatowski había servido, como su tío, bajo las banderas de Francia. Después de distinguirse en muchas campañas en Argelia, ingresó en la diplomacia toscana y había sido en París ministro del gran duque Leopoldo. Naturalizado francés, fué nombrado senador por Napoleón III á fines de 1854. Cuando en agosto de 1859 llegó á Florencia, donde tenía muchos amigos, se volvió á ver con gusto al hombre de mundo, pero no se hizo caso del diplomático. Sin embargo, para apoyar aquella misión y para aumentar las probabilidades de éxito, el conde Walewski había escrito el 10 de agosto al marqués de Ferrière-le-Vayer: «El emperador os autoriza á entregar copia de un despacho en que se aconseja el llamamiento del gran duque heredero que, por su parte, dará todas las garantías apetecibles.»

Al otro día, 11 de agosto, la Asamblea toscana, convocada por el gobierno del barón Ricasoli, se reunía en Florencia. Toscana, contando con una población de un millón ochocientos mil habitantes, tenía sesenta y siete mil electores, cuarenta y cinco mil de los cuales habían votado, eligiendo á los hombres más importantes del país, sin distinción de origen, con tal que hubiesen dado á conocer su resolución de rechazar la dinastía de Lorena. El 16 de agosto todos los diputados presentes votaron su destitución. Cuatro días después la Asamblea aprobaba por unanimidad, menos tres votos, la anexión de Toscana al Piamonte.

Pero aún no estaba hecho todo. Tratábase de saber si el rey Víctor Manuel aceptaría aquella votación, y sobre todo si Napoleón III y las grandes potencias aceptarían su realización.

El príncipe de La Tour d'Auvergne escribía el 30 de agosto al conde Walewski: «El voto unánime de la Asamblea toscana, cuyo ejemplo no dejarán de seguir los ducados de Parma y Módena y las Legaciones en favor de la anexión al Piamonte, complica singularmente la situación y coloca en grave embarazo al gobierno del rey Víctor Manuel. El primer impulso de S. M. ha sido negarse claramente á aceptar el voto de la Asamblea toscana; pero ciertas solicitudes vivísimas, á las cuales han venido á dar mayor peso la ambición y el amor propio, han modificado el modo de ver del rey.»

Los delegados toscanos llegaron á Turín el 3 de septiembre. El ayuntamiento y gran número de senadores y diputados fueron á la estación del ferrocarril á recibirlos. Las cuatro legiones de la guardia nacional estaban formadas á su paso y todas las calles engalanadas con los colores nacionales. Los delegados pasaron al Palacio real y entregaron solemnemente á Víctor Manuel el acta de las deliberaciones de la Asamblea. El rey, en su respuesta, encareció la necesi-

dad de un reino fuerte que afirmara la independencia nacional, y expresó con claridad su deseo de agrupar bajo su cetro las poblaciones de Toscana. Pero añadió prudentemente, porque aún tenía muchas cosas que considerar: «La realización de mis deseos no puede tener efecto sino en virtud de las negociaciones que se celebren sobre los asuntos de Italia. Fortalecido con los derechos que vuestra resolución me confiere, sostendré vuestra causa ante las potencias, y sobre todo ante el magnánimo emperador de los franceses, que tanto ha hecho por la nación italiana. Confío en que Europa no se negará á llevar á cabo, respecto de Toscana, la obra de reparación que en circunstancias menos favorables realizó en otro tiempo en favor de Grecia, de Bélgica y de los Principados.»

Aquel mismo día Víctor Manuel dió un banquete en honor de los delegados toscanos. Por la noche se iluminaron los edificios públicos.

El 5 de septiembre el príncipe de La Tour d'Auvergne escribía al conde Walewski:

«El fondo y la forma de la respuesta del rey, que el general Dabormida, ministro de Negocios extranjeros, había modificado todo lo posible con arreglo á nuestras observaciones, han obtenido por lo general la aprobación de las personas moderadas y de aquellos de mis colegas del cuerpo diplomático con los cuales he podido hablar del asunto; pero la prensa liberal á duras penas disimula su decepción, y aun me aseguran que la misma comisión toscana, á pesar de las muchas pruebas de simpatía de que ha sido objeto, dista mucho de estar satisfecha.»

En resumen, todo permanecía aún en suspenso. Todos se preguntaban lo que decidiría el Congreso, cuya reunión se consideraba entonces próxima é inevitable. Napoleón III no había dicho aún su última palabra. Todas las miradas estaban fijadas en él, pues se comprendía que, en realidad, era el árbitro de la situación.

LXVII

PARMA

Había en la Italia central un trono que Napoleón III y la emperatriz Eugenia hubieran deseado en extremo que se respetara: el del duque de Parma. El duque, nacido el 9 de julio de 1848, no había cumplido once años cuando estalló la guerra de Italia. Su madre Luisa de Francia, nieta de Carlos X, hija de los duques de Berry y viuda del duque Carlos III, gobernaba como regente desde el 27 de marzo de 1854, día en que este príncipe fué asesinado.

La princesa había nacido el 21 de septiembre de 1819, un año antes que su hermano el conde de Chambord. En París, los ancianos se acordaban de haberla visto niña aún, cuando llevaba el nombre de *Mademoiselle* y su gentileza atraía todas las miradas. Napoleón III, que se sentía también amenazado por el puñal de los asesinos, se conholió de la suerte de Carlos III y tenía verdadero interés por una princesa cuyo abuelo había sido destronado, su hermano privado de su herencia y su padre y su marido asesinados. La emperatriz Eugenia, que tal vez presintiera ya que habría de ejercer la regencia en circunstancias dolorosas; sentía simpatías de mujer y de soberana por la duquesa, cuyas virtudes, inteligencia y valor admiraba. Los ministros de Francia en Toscana estaban también acreditados en el ducado de Parma, y todos alababan á la duquesa regente, cuyo gobierno era, como decía lord Clarendon, «un poder dulce, moderado, lleno de indulgencia y de sano juicio.» La emperatriz Eugenia se interesaba por la duquesa, primero por generosidad de sentimiento, y luego porque comprendía cuánto agradecería el partido legitimista al emperador que prestara su apoyo á la hermana del conde de Chambord.

Aparte de esto, la política de la duquesa de Parma estaba en armonía con las miras de Napoleón III. Lo que ella deseaba en Italia era el establecimiento de una Confederación independiente de toda influencia extraña. Desde que era regente, había aprovechado todas las ocasiones de hacerse agradable á Francia y á su soberano. Más de una vez se habían quejado en Viena de que era demasiado liberal, demasiado francesa y demasiado italiana.

Cuando la duquesa salió de Parma, adonde ya no debía volver, el 9 de junio de 1859, mostróse tan digna en su partida como lo había sido durante toda su regencia.

Después de haberse despedido noblemente de su pueblo y de sus soldados,